

en manos del Estado, para que el Estado le defendiera, le salvara y le dirigiese á su antojo. Hoy que los errores y las culpas del Estado le han traído los hulanos ¡ay! no sabe á quien fiar su defensa. El prusiano que conoce la situación moral del pueblo francés, manda cuatro ó cinco ginetes á las aldeas para que hagan requisas. Si los tributos que imponen son pagados, si son reunidos los víveres que exigen, respetan las aldeas, las vidas, las haciendas de sus habitantes. Pero si oponen la menor resistencia, saquean, degüellan, incendian. Ya van persuadiéndose los campesinos de que sólo queda la guerra contra estos implacables enemigos. Así los franco-firadores pululan. Así las guerrillas comienzan. Así las villas abiertas se defienden. Así hay ya cien mil hombres sobre el Loria, que se aproximan á París, á fin de pisar los talones al ejército sitiador. Así uno de los primeros jefes del ejército prusiano, el duque de Nassau, ha muerto en manos de los campesinos. Así en el Este, en los desfiladeros de los Vosgos, brotan partidarios semejantes á los que Napoleon llama bandidos en España,

la historia llama hoy los mejores hijos de la patria. Así comienza la guerra nacional. Y una guerra nacional puede ser la tumba del conquistador: que son los pueblos invencibles. Sólo falta una dirección suprema, y más á este pueblo tan habituado de antiguo á ser dirigido por el génio. La delegación de Tours no tiene la energía necesaria. Mientras Francia necesita todas sus fuerzas para la defensa nacional, quiere la delegación del gobierno residente en Tours, abrir una campaña electoral que distraería los ánimos, que divertiría de su principal objeto las fuerzas. Si en algún momento la dictadura puede justificarse, es en este momento supremo. Luego por diferencias en apreciar las facultades de los prefectos, el almirante Fourichon renuncia á la cartera de Guerra. Y quien recoge esa cartera es Cremieux, un abogado, un orador, un respetable anciano; pero que no puede llevar sobre sus hombros el peso de tantos deberes. Todos estos embarazos en circunstancias tan excepcionalmente críticas, disgustan al espíritu público que teme una catástrofe. ¿Dónde, dónde estará el salvador?

## CAPITULO LXVI.

### EL DICTADOR.

*Días 12 y 13 de Octubre.*

El salvador descende de los cielos. Gambetta, que es el brazo y el pensamiento de este gobierno, se retuerce en París bajo el dolor que tantos errores y tanta incertidumbre le causan. Bien quisiera salir de la ciudad, llevar al gobierno su acción y á la patria abatida la fuerza de su pensamiento. Pero no puede, circuido en la gran ciudad por el ejército prusiano. En su desesperación apela al medio supremo, á salir en el globo aerostático. El medio es peligrosísimo pero único. Su secretario Spuller le acompaña. Un perito en navegaciones aéreas le dirige. El día es desgraciado. Se eleva poco, muy poco el globo. Los prusianos, como si comprendieran todo cuanto va en aquella barquilla, le disparan granizadas de balas. El globo parece un ave inmensa perseguida por legiones de cazadores. Si por mucho tiempo se mantiene bajo, será acerbillado por aquellos tiradores acostumbrados á matar las águilas en las selvas de Alemania. Así arrojan los aerónautas la mayor parte de su lastre, los papeles

más importantes, los abrigos más necesarios. La persistencia en no subir era tal, que le agujerearon y creyeron estar perdidos. Mas luego vino un viento favorable que le empujó hácia Amiens, do tocó tierra y de donde pudo trasladarse el ministro sano y salvo á Tours. En el camino han sido inmensas, indescriptibles las ovaciones á Gambetta. Su pensamiento capital es aqueste: hagamos un pacto ó con la victoria ó con la muerte. Es Danton. La misma elocuencia en el acento, la misma fuerza lógica en la idea, la misma energía en el carácter. Le ha heredado la tenacidad de los propósitos, la virilidad de las resoluciones, la fuerza, la constancia. Yo lo he visto sonriente en medio de tan grandes peligros, yo lo he visto sereno cual si tuviese en su mano como en su deseo la victoria. Yo lo he visto sospesar la inmensa carga de sus deberes y aceptarla con la seguridad de que rara vez se engañan una voluntad recta y una conciencia limpia. Su amistad es una de mis mayores honras y una de las más grandes satisfacciones de mi vida. Yo he te-

nido la gloria de abrazarlo en Tours. Quiera el cielo que el éxito le acompañe para que este positivista mundo nuestro, que sólo conoce el mérito cuando va en compañía del éxito, conozca todo el mérito de Gambetta.

*Días 14 y 15 de Octubre.*

Ved sus palabras. No quiero tocarlas. Les quitaría gran parte de su mérito. Las traduzco aproximándome á la energía del original cuanto es posible. «Proclama. Ciudadanos de los departamentos. Por orden del Gobierno de la República he dejado á París para traerlos con las esperanzas del pueblo encerrado en sus muros, las instrucciones y los mandatos de aquellos que han aceptado el encargo de libertar á la Francia del extranjero. París asediado estrechamente desde hace veinte días, ha dado al mundo un ejemplo único en el espectáculo de más de dos millones de hombres, que olvidando anteriores disidencias para unirse en torno de la bandera republicana, han burlado los proyectos del invasor, que contaba con las discordias civiles, para que le abrieran las puertas de la capital. La revolución halló á París sin fusiles ni cañones. A esta hora se han armado cuatrocientos mil hombres de guardia nacional, llamado cien mil movilizados, agrupado sesenta mil soldados de tropa regular. Las fábricas funden cañones, las mujeres fabrican un millón diariamente de cartuchos, la guardia nacional está provista de dos ametralladoras por batallón. Se fabrican cañones de campaña, para que pueda operar bien pronto salidas contra el sitiador. Los fuertes ocupados por los marinos de guerra, se parecen á otros tantos buques de alto bordo, inmóviles, guarnecidos de una artillería maravillosa y servidos por los primeros artilleros. Hasta el presente no le ha sido posible al enemigo establecer ninguna obra de asedio bajo el fuego de estos fuertes. Las murallas mismas que sólo tenían quinientos cañones el cuatro de Setiembre, tienen hoy tres mil ochocientos.

»Cada uno de estos cañones sólo tenía municiones para treinta tiros y tiene hoy para cuatrocientos continuándose la fundición de proyectiles, con un furor que ya toca en vértigo. Todo el mundo tiene su sitio señalado en la ciudad y señalada su plaza en el combate. Los muros están perpétuamente guarnecidos por la guardia nacional que del amanecer á la noche, se entrega á todos los ejercicios de la guerra con la aplicación del patriotismo. Se ven crecer por día el aplomo y la experiencia de estos militares improvisados. Detrás del circuito así guardado, se eleva otro circuito de barricadas; detrás de sus adoquines y de sus piedras el hijo de París ha vuelto á encontrar para la defensa de las instituciones republicanas el génio mismo del combate de las calles. Todas estas cosas que en todo otro punto hubieran sido imposibles, se han ejecutado en medio de la calma y del orden más perfecto, y gracias al concurso prestado á los hombres que representa la República, puede decirse sin que sea una ilusión ó una vana fórmula, París es inexpugnable, París no puede ser ni tomado, ni sorprendido. Que daban á los prusianos dos otros medios de entrar en la capital: la sedición ó el hambre. ¡La sedición! No vendrá, no, porque los apoyos y los cómplices del régimen caído, ó se han fugado ó se han ocultado. En cuanto á los servidores de las instituciones republicanas así los ardientes como los tibios, encuentran en los miembros que componen el gobierno del Hotel de Ville incorruptibles prendas de la causa republicana y del honor nacional. ¡El hambre! Pronto á las últimas privaciones el pueblo de París se raciona todos los días y tiene ante sí, gracias á la inmensidad de las provisiones, con que desafiar al enemigo durante largos meses. De todos modos soportará con viril constancia, toda suerte de plagas, para dar á sus hermanos de los departamentos tiempo de correr á proveerlo. Tal es sin disfraz

»y sin atenuación el estado de la capital de Francia. Ciudadanos de los departamentos: la situación de París os impone grandes deberes. El primero de todos es no ocuparos de ningún pensamiento que no sea la guerra, el combate á todo trance, y el segundo aceptar hasta el día de la paz fraternalmente el poder republicano que ha brotado de la necesidad y del derecho. Este poder no se ejercerá sin destruirse en servicio de ninguna ambición, porque sólo tiene una pasión y un título: arrancar la Francia del abismo en que la monarquía la ha hundido. Cuando esto se haya hecho, la República se habrá fundado sin temor de los conspiradores y de los reaccionarios.

»Dejando aparte todo otro asunto, yo tengo especial encargo, sin contar las dificultades ni con los obstáculos, de remediar con el concurso de todas las libres energías, los vicios de nuestra situación y de sustituir, aunque el tiempo falte, á fuerza de actividad la insuficiencia de los términos, y de los plazos. Hombres no faltan, lo que ha faltado es la resolución, la decisión, y la constancia en los proyectos. Lo que ha faltado después de la capitulación de Sedan han sido armas. Todas nuestras provisiones de este género fueron enviadas á Metz, á Estrasburgo, á Sedan, y diríase que por una última y cruel combinación el autor de todos nuestros desastres ha querido al caer quitarnos los medios de repararlos. Hoy gracias á la intervención de hombres especiales se han terminado contratos cuyo objeto es acaparar todos los fusiles disponibles en los mercados del globo. Grandes eran para esto las dificultades, y todas se han allanado. En cuanto al equipo y al vestido se van á multiplicar los talleres, y hacer requisas en busca de las primeras materias si preciso fuera. Ni los brazos ni el celo de los trabajadores faltan. Tampoco faltará dinero. Es necesario agotar todos los recursos que son inmensos: sacudir la torpe indolencia de

»nuestros campos, prevenir los pánicos, multiplicar la guerra de guerrillas, oponer sorpresas á un enemigo tan habituado á darlas, fatigar sus flancos, descomponer sus retaguardias, en fin, inaugurar la guerra nacional. La República apela al concurso de todos; su gobierno creará de su deber el escitar todo valor, y aprovechar toda capacidad. Es su tradición. Armaremos hasta la más tierna juventud.

»El cielo mismo dejará de ser clemente para nuestros enemigos, las lluvias de otoño vendrán y retenidos, contenidos por la capital los prusianos tan alejados de sus hogares, inquietos, turbados, perseguidos, cazados por nuestras poblaciones ya despiertas, serán diezmados por el hambre, por la naturaleza, y por nuestras armas.

»No, no es posible que el génio de la Francia se haya velado para siempre, que la gran nación se deje arrebatarse su puesto en el mundo por una invasión de quinientos mil hombres. Levantémonos en masa y muramos antes que sufrir la vergüenza de una desmembración.

»Al través de todos los desastres y bajo los golpes de adversidad, nos queda aun el sentimiento de la unidad francesa, y de la indivisibilidad de la República. París sitiado afirma todavía más gloriosamente su inmortal divisa, que dictará también la divisa de toda la Francia. Viva la nación: Viva la República una é indivisible. Tours 9 de Octubre de 1870.» «El miembro del gobierno de la defensa nacional, ministro del Interior,— Leon Gambetta.»

A pesar de la gran resistencia que opone Francia al extranjero y al imperio, el extranjero no cesó un momento de procurar la restauración imperial. Bismark ha trazado con auxilio de la emperatriz una dramática intriga. Un emisario venido de Hastings donde la princesa española pasa los días de su destierro, llega delante de Metz. El príncipe Federico Carlos le da un salvo conducto, y pasa

á presencia de Bazaine. Allí dice que la emperatriz lo llama para un objeto capital. Bazaine, creyendo que pudiera la entrevista ceder en bien de la Francia, envía á Bourbaky. Este bravo general se presenta en Hastings. La emperatriz no muestra ninguna estrañeza en verle; lo esperaba. Aun no ha descansado el emisario de Bazaine, cuando ya sabe la causa del llamamiento. La emperatriz le pide

que se lleve á su hijo, que lo encierre en Metz, que lo ponga al frente de las tropas. Bourbaky le contesta que jamás los soldados admitirán á su frente al hijo del prisionero de Sedan. Bourbaky está en Bélgica, y será llamado por el gobierno. ¡La restauracion del imperio! Jamás Francia consentirá tal infamia.

## CAPITULO LXVII.

### ESPERANZAS.

*Día 16 de Octubre.*

Los periódicos monárquicos de España, al hablar de mi viaje á Tours, dicen que yo he venido desencantado, descorazonado de Francia, creyendo irremisiblemente perdida esta nacion y su República.

Es inexacto que yo haya venido descorazonado de Francia. Acostumbrado de antiguo á formar en las filas de un partido vencido, yo, que desde 1854 no me he descorazonado un momento, ni en la lucha ardentísima de la prensa, ni en la triste soledad del destierro, mal podria sentir esa afeccion de ánimo ahora que comienzan días mejores para la democracia.

Yo he dicho lo que sabe todo el mundo. Yo he dicho que la herencia legada por el Imperio á la República francesa es tristísima. Yo he dicho que roto el ejército regular, presos ó muertos los generales, cogido el material de guerra, dispersa la caballería, tomadas las fortalezas de Tours y Estrasburgo, la aparicion sola de la República, y la virtud de ese prestigioso nombre no podria brevemente

enderezar los errores sembrados, ni contrastar las ventajas obtenidas por un enemigo á quien tantas é inexperadas victorias alientan y ensoberbecen.

Pero yo no dudo, yo no he dudado, ni de la salvacion de Francia, ni del definitivo establecimiento de la República. Para creer ambas cosas, para creer que Francia se salva, que la República se establece, tengo razones generales, aprendidas en la conciencia universal, y razones particulares aprendidas en mi propia observacion y experiencia. La primera razon, que me inspira profunda confianza, es la justicia de la causa francesa. O hemos de creer el mundo sometido ciegamente á la fuerza, ó hemos de creer que el derecho lleva ya en sí un gérmen de victoria. Y como despues de Sedan la guerra para Prusia es una guerra de conquista y la guerra para Francia es una guerra de independencia, yo, que creo justísima la independencia de los pueblos, yo no desconfio de la victoria de Francia.

Y como todas las diversas monarquías que